

Ibáñez Cerdá y los archivos americanos

Vicenta Cortés Alonso

Nuestro amigo y colega Pepe Ibáñez pertenece a la primera promoción de después de la Guerra Civil, lo cual quiere decir que en aquella promoción, la de 1940, se volvieron a juntar, por razones obvias de premura y circunstancias aún tradicionales, las tres especialidades de archivos, bibliotecas y museos, que no vuelven a adquirir su personalidad diferenciada hasta casi tres lustros después, en 1954. Era un hombre interesado por todo, por la difusión de los saberes y por la colaboración de los profesionales de la custodia y manejo del patrimonio documental y bibliográfico.

Desde su primer destino, en la Biblioteca Nacional de Madrid, su trabajo con los mapas y planos de la colección, frente y junto a su interés por los lugares en ellos reflejados –su memoria le hacía dar buena cuenta de todos los detalles– le hizo participar en los viajes para conocer otros centros, inquirir sobre distintos proyectos e intercambiar pareceres, como consultor, desde 1950, con una visita profesional a los Estados Unidos, antes de ser secretario general de la Biblioteca Nacional, volviendo al siguiente año al continente para participar en La Habana en un coloquio sobre intercambio de publicaciones.

Pero yo lo vengo a referir como pauta para sus actuaciones con respecto a los archivos, en una de las cuales participé, precisamente, en Colombia en 1957. Él había hecho un periplo por Suramérica y con la entonces ministra colombiana de Educación, Josefina Valencia, concordó un convenio para que España mandara un archivero y dos bibliotecarios, para ayudar y enseñar durante un año en los dos centros matrices: el Archivo y la Biblioteca Nacionales, de Bogotá. Yo estaba en el Archivo General de Indias, en mi primera etapa como facultativa de esa promoción que antes cité, de 1954, y fue, puedo decir, el bautismo del cruce del Atlántico profesional que, a lo largo de los años, se repitió con frecuencia, en un quehacer en el que el antecedente de Pepe Ibáñez nos puso a varios jóvenes. Siempre recuerdo las buenas ausencias que todos los que lo habían tratado, a ambos lados del mar, hacían

* *Archivera y bibliotecario.*

de su saber diversificado y, sobre todo, de su creatividad para los proyectos de colaboración y, sobre todo, de los avances que imprimía a su trabajo, pese a las dificultades de los tiempos y los espacios. Un ejemplo emblemático es la sede de la propia Biblioteca del entonces Instituto de Cultura Hispánica que, incluso los más optimistas, pensábamos que no pasaría de sueño. Sigue siendo una consecución digna de crédito, para los que se embarcan en tales sueños. Por eso, había que ponerle su nombre, como se hizo, y dar a conocer su obra por medio de la revista que él ayudó a circular, por intercambio o regalo, por todo el mundo bibliotecario.

Su amor a los mapas y planos, pasión ya mencionada, la manifestó consiguiendo originales para las bibliotecas, haciendo catálogos como el de la Biblioteca Nacional, y ayudando a que los que hacíamos los demás, también, cumplieran su misión al ser publicados y distribuidos por el mundo. Aquí, como resultado de mi trabajo en Colombia, Pepe Ibáñez patrocinó la publicación de mi *Catálogo de Mapas de Colombia*, ediciones Cultura Hispánica, 1967, ya que el Archivo Nacional nos había dicho que no lo podía hacer. Como se acabó de imprimir el 5 de enero, lo podemos considerar, yo por lo menos, como un regalo de Reyes. Sólo le faltaba, supongo que porque este bibliotecario era más aficionado a leer que a escribir (como se puede comprobar por la bibliografía de Ibáñez) que el libro no tenga prólogo —cuyo autor debía ser él— y la obra comience con la introducción directamente. Conste, empero, su participación en la historia del libro. Esta es mi primera muestra impresa de su ayuda y colaboración con la obra de los demás.

Pasemos ahora al segundo capítulo de nuestra historia biobibliográfica. En los años 70, la Organización de Estados Americanos estaba preparando el proyecto de la formación de una Escuela Interamericana de Archiveros, de la misma talla de la que existía desde hacía años de Bibliotecas, con sede en Medellín. El impulsor de la idea era Javier Malagón, al que yo conocía por haber sido becario de la OEA en 1959 para conocer los archivos estadounidenses, en Washington, bajo la tutela de T.R. Schellenberg, por lo que participé, a solicitud suya a nuestra Dirección General, en la preparación de los estudios preliminares en 1972. En aquella reunión de los más conocidos colegas iberoamericanos, que ya había encontrado en la de 1961, salió la decisión de fijar en la existente Escuela de Córdoba, radicada en la Universidad y formada por Aurelio Tanodi, la sede de la Escuela Iberoamericana de Archivos.

Pero Malagón soñaba con algo más, de manera que consiguió del gobierno español, mediando Asuntos Exteriores y el ICH, que España

ofreciera su colaboración y asistencia para un curso anual de unos meses, radicado en Madrid, que yo me comprometí a coordinar y que, colaborando el ICH, su Biblioteca Hispánica no podía faltar. De manera que Pepe Ibáñez aceptó encargarse de las clases de bibliografía, que impartió durante los veinte años del curso (1973-1992), clases que tenían su clase directa en la propia Biblioteca del ICH. Puede verse nuestra relación en *Diez años de cooperación archivística iberoamericana*, OEA-ICI, Madrid, 1985, para los horarios (p. 56-57), como para los actos de clausura (p. 23, I Curso; p. 32, III Curso; p. 45, IX Curso).

No asistí a ninguna de sus clases, pero estoy segura de que mostrar cómo una biblioteca tiene que ser operativa, la importancia de la gestión de las adquisiciones y selección del material, la difusión de la bibliografía como se hacía en las modestas instalaciones con que en aquellos años se contaba en la que él dirigía, significaron bastante para los archiveros ultramarinos que, aunque tenían archivos y documentos desde la llegada de los españoles, y no exagero, los medios con que contaban no estaban a la altura del contenido de sus centros. Mucho menos en los recursos para que aquellos «tesoros» fueran bien tratados y archivados, así como difundidos bibliográficamente. La propia biblioteca del ICH les ponía en las manos los resultados librarios de todo un continente, con lo que vieron lo que hacían sus vecinos y qué podían intercambiar, mejorar y rehacer. No he hecho una cata, luego de tantos años, pero me parece que algo fue calando en nuestros colegas de la necesidad de estar al día y en contacto para cambiar publicaciones. Me acaba de llegar la modesta muestra de *Archívese*, boletín del Archivo Nacional de Costa Rica, cuya directora estuvo con nosotros en el segundo decenio del Curso de OEA, que publica un «Repertorio de publicaciones periódicas de la biblioteca especializada del Archivo Nacional», de AABADOM hasta TABULA, en número de 41 títulos de todos los países del mundo, de los que 11 son españoles, ya sean de asociaciones profesionales, universitarios o centros de información.

Este hecho me hace de nuevo pensar en Pepe Ibáñez y su interés por la ayuda, el intercambio y el regalo de los fondos duplicados. Pensemos en la escasez de presupuesto de los archivos, el precio abusivo de los costes del correo y la baja apreciación que, en general merece la labor de los archiveros. Por eso, las muestras que encontramos de excepción, aunque sean moderadas, tenemos que agradecerlas y afirmarnos en que los resultados de nuestros esfuerzos, aunque lentos en aflorar, llegan. Eso he sentido al leer la lista de Costa Rica, sede ahora de la Asociación Latinoamericana de Archivos, ALA, cuya sede de la revista

sigue estando en Colombia donde, espero, también tratan el tema como en San José: Me consta que la sucesora de Ibáñez en la Biblioteca de AECI, antes ICI, dado que amplió su ámbito de acción de las fronteras iberoamericanas al universo mundo, sigue enviando a todos el listado de los duplicados para que sirvan a otros colegas y no tenerlos que convertir en pasta de papel, aunque el traslado de las unidades cueste mucho. Así se llenan huecos en las bibliotecas, con toda justicia.

El interés de Pepe Ibáñez por los archivos, aún antes de su trabajo en el Consejo de Estado, lo fue demostrando en la tarea de conseguir que muchos archivos privados se integraran en archivos y bibliotecas públicas. Como se puede comprobar en las listas y relaciones que los colegas que se encargan de su trabajo en el ICI y otros centros apuntan. Por eso, sus clientes investigadores le estaban siempre agradecidos por la información y los testimonios que había ido salvando, de los que daba cuenta al momento. Su mucho saber en este campo le permitía, como vemos en otro de ellos, asesorar en la adquisición por el estado de piezas del patrimonio cultural. Como colega y como amigo, tenemos el mejor recuerdo por lo que nos enseñó y animó en nuestra propia labor profesional.